Creer: Rendición total

Pastor Larry Courson

Peace Lutheran Church, Ann Arbor, MI

14 de diciembre de 2014

Cuando estaba creciendo, si alguna vez decía delante de mi padre que no podía hacer algo, él siempre decía: «no existen las palabras no puedo». Yo creo que todos los entrenadores que tuve me dijeron: «un ganador nunca se da por vencido, y los que se dan por vencidos no ganan». Seguro que a todos nos han dicho: «el que la sigue, la consigue». Debo admitir que he vivido toda mi vida con estos pensamientos muy presentes en mi mente. Yo no me doy por vencido en nada fácilmente. Tal vez recuerdes el eslogan de la película *Galaxy Quest:* «Nunca te des por vencido. Nunca te rindas». No nos gusta la idea de darnos por vencidos o de rendirnos.

Con esto en mente, es incluso más irónico que el tema para hoy en nuestra serie Creer es «Rendición total». Esto va, como mínimo, en contra de la corriente de la cultura, aunque podríamos incluso decir que va en contra de la corriente de la intuición. ¿Cómo encaja «nunca te des por vencido. Nunca te rindas» en nuestra idea clave para hoy de: «Dedico mi vida a los propósitos de Dios»? No somos los primeros en hacernos esta pregunta, y dudo que seamos los últimos. ¿Hay alguna diferencia entre nunca darnos por vencidos y rendir nuestras vidas a Dios?

La Biblia está llena de personas que tardaron en renunciar a sus planes y hacer lo que Dios pedía.

* Moisés tenía todo tipo de excusas acerca de por qué no podía volver a Egipto.
* Gedeón estaba seguro de que Dios había seleccionado a la persona equivocada para derrotar a los madianitas.
* Jeremías dijo que era demasiado joven para ser profeta del Señor.
* Jonás se negó a ir a Nínive y se montó en un barco que iba en la dirección opuesta.
* Ester tenía miedo de que el rey no la recibiera y fuera condenada a muerte.

Yo creo que nosotros somos muy parecidos a esas personas antes de que rindieran sus vidas a los propósitos de Dios. Pero finalmente, todas esas personas hicieron lo que Dios les pidió. Dios usó a Moisés para liberar a los israelitas de la esclavitud en Egipto. Dios usó a Gedeón para derrotar a los madianitas. Dios usó a Jeremías para avisar al pueblo del juicio de Dios por el pecado y darles la promesa del nuevo pacto de perdón. Dios usó a Jonás para llamar al pueblo de Nínive al arrepentimiento. Y Dios usó a Ester para salvar al pueblo judío. ¿Estamos dispuestos a seguir sus ejemplos y a rendir nuestras vidas a Dios?

Para María no fue fácil hacer eso. El Evangelio de Lucas nos dice: «Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, una aldea de Galilea, a una virgen llamada María. Ella estaba comprometida para casarse con un hombre llamado José, descendiente del rey David» (Lucas 1.26-27, NTV). María era una mujer joven, posiblemente adolescente, que vivía en la aldea de Nazaret. Estaba prometida a un hombre llamado José. Por lo tanto, María estaba haciendo planes para el día de su boda y para comenzar una nueva vida con José. Puede que no fuera el futuro más emocionante posible, pero era el que María y José habían escogido. Pero entonces, Dios mandó al ángel Gabriel a María.

Gabriel le dijo a María: «—No tengas miedo, María —le dijo el ángel—, ¡porque has hallado el favor de Dios! 31 Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús» (Lucas1. 30–31, NTV). Eso es lo que llamo yo un cambio brusco de planes. Pero, al contrario que Moisés, Gedeón, y Jonás, María no le dijo que no a Dios. Ella dijo: «—¿Pero cómo podrá suceder esto?... Soy virgen» (Lucas 1.34, NTV). Gabriel respondió: «—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por lo tanto, el bebé que nacerá será santo y será llamado Hijo de Dios» (Lucas 1.35, NTV). María respondió: «—Soy la sierva del Señor. Que se cumpla todo lo que has dicho acerca de mí» (Lucas 1.38, NTV).

María rindió su reputación, su futuro y su vida al Señor. Nada fue igual para María desde ese momento. Ella no sabía lo que dirían sus padres. No sabía lo que haría José. No sabía cómo la trataría la gente de Nazaret. Lo único que sabía era que Dios la había escogido para ser la madre del Salvador prometido. María dijo: «¡Sí!».

Esto nos lleva a José, el prometido de María. Cuando él se entera de que María está embarazada y sabe que el padre del niño no es él, toda su vida se pone en riesgo también. Nazaret era un pueblo pequeño. La gente hablaría. José era carpintero. Lo más probable era que hubiera estado trabajando acondicionando la casa donde él y María vivían. ¿Debía terminar la casa? A José se le describe como un buen hombre, un hombre que intentaba obedecer los mandatos de Dios. José pudo haberse enojado y haberse vengado de María. Podría haberlo hecho avergonzándola públicamente. Pero no lo hizo. El Evangelio de Mateo nos dice que José decidió romper su compromiso con María en silencio. Ella podía ir a visitar a su prima Elisabet y tener el hijo allí para que nadie se enterara.

Pero entonces Dios mandó un ángel con un mensaje para José. El ángel le dijo a José en un sueño: «José…no tengas miedo de recibir a María por esposa, porque el niño que lleva dentro de ella fue concebido por el Espíritu Santo. Y tendrá un hijo y lo llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1.20–21, NTV). ¿Fue un sueño o una pesadilla? José tenía que decidir lo que iba a hacer. En lugar de hacer las cosas a su manera, José escuchó al ángel del Señor. En lugar de buscar venganza, José escogió la compasión. José escuchó y obedeció. Como María, José rindió su reputación, su futuro y su vida al Señor.

Tanto María como José dieron la bienvenida a Jesús a su mundo. Y ¡qué diferencia marcó Jesús en sus vidas! Sus vidas nunca fueron iguales. Sólo faltan once días para Navidad. Muchas personas ni siquiera piensan en Jesús cuando celebran la Navidad. Están más preocupados con sus regalos, su familia y la celebración. Algunas personas reconocerán el cumpleaños de Jesús y le darán la bienvenida al mundo, pero no a su mundo. ¿Estamos listos para dar la bienvenida a Jesús a nuestro mundo, a nuestras vidas? ¿Estamos dispuestos a estar tan abiertos y receptivos como María y José a la promesa de Dios? ¿Estamos dispuestos a recibir a Jesús en nuestros corazones y permitir que Él marque una diferencia en nuestras vidas? Si decimos «sí», veremos que somos cambiados cuando Cristo ocupa el lugar central de nuestras vidas.

Entonces, ¿qué significa dar la bienvenida a Jesús a nuestras vidas? ¿Qué significa ser un discípulo de Jesús?

* Significa que permitimos que Jesús nos guíe y nosotros le seguimos. No sabemos lo que traerá el futuro, pero sí sabemos que el Señor siempre estará con nosotros. Por lo tanto, escuchamos la voz de Dios, nos apartamos de todo lo que está en contra de su voluntad, y lo seguimos a Él.
* Significa que esperamos el tiempo de Dios. El pueblo de Israel esperó mucho tiempo para que Dios mandara a su Hijo al mundo. Puede que Dios no actúe tan rápido como nos gustaría que lo hiciera. Pero Él nunca llega tarde. Dios siempre llega puntual. Por lo tanto, en lugar de tomar las cosas en nuestras propias manos, esperamos el tiempo de Dios.
* Significa que confiamos en las promesas de Dios. Dios siempre cumple sus promesas. Como prometió, Él mandó a su Hijo a nuestro mundo para pagar el precio por nuestros pecados. Dios promete que Él siempre estará con nosotros y nos ayudará a afrontar las dificultades de la vida. Dios promete que Jesús vendrá de nuevo como Señor y Salvador de todos los que creen en Él.
* Y sí, significa que nunca le damos la espalda al Señor, ni a sus promesas, ni a su pueblo. Nunca dejamos de seguir al Señor porque Dios está con nosotros.

Sé que algunos de ustedes se irán de viaje de Navidad después de que los niños salgan de la escuela al final de la semana. Por lo tanto, si vas a viajar en Navidad, recuerda el viaje que hizo Jesús por nosotros en esa primera Navidad. Ve con el Señor y celebra el regalo del Hijo de Dios. Amén.